

Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial

Jorge Orlando Melo

Publicado en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, No 4, 1999.

I. La historia entre la ciencia y la política.

La historia es una ciencia difícil de conceptualizar: se mueve en un espacio fronterizo entre las ciencias sociales y las humanidades. En cuanto ciencia social, su estatuto epistemológico es incierto: ¿debe buscar su solidez en la adopción de los principios y fundamentos propios de las ciencias sociales, y aspirar a desarrollar un saber basado en leyes y regularidades, en cierto modo afín a las ciencias naturales, o su única posibilidad de ser reconocida como ciencia depende de la definición de un tipo especial de conocimiento, cuyas operaciones de aprehensión de la realidad se apoyan, más que en la ley y la búsqueda de la generalidad, en la comprensión, la interpretación, la descripción, delgada o profunda, o la tipificación? En cuanto rama de las humanidades, es una forma de conocimiento en el que la forma narrativa que predomina en su estilo de exposición la acerca a los procedimientos de la literatura, a una retórica particular que parece ajena a la ciencia y justifica muchas de las argumentaciones que, en años recientes, reducen la historia a un discurso indemostrable y en buena parte arbitrario.

Un debate amplio sobre estos temas no se ha dado nunca en Colombia, aunque los historiadores han usado con prolijidad argumentos provenientes de una y otra vertiente. Sin embargo, independientemente de que pueda argumentarse sólidamente el carácter científico de la ciencia, la primera comprobación que vale la pena hacer, al intentar ofrecer una imagen de conjunto de las formas que ha adoptado la historiografía colombiana en los años posteriores al restablecimiento democrático de 1958, es que, al menos hasta ahora, ha dominado la idea de que la historia es una práctica científica, y que la adopción de procedimientos y métodos científicos diferenciaba las nuevas formas de trabajo histórico de los tipos de narración histórica que caracterizaron la historiografía tradicional o académica. La historia hecha en las universidades a partir de la década del 60, la historia recogida en las nuevas revistas académicas, de una y otra forma reivindicaba su carácter de conocimiento objetivo y verificable y su inscripción en el mundo de las ciencias sociales.

La tensión entre lo que vino a conocerse como “nueva historia” e historia académica fue por ello uno de los elementos centrales del desarrollo de la disciplina histórica: los “nuevos historiadores” –que en general, aunque con algunas excepciones, eran los historiadores que trabajaban en las

universidades- se sentían miembros de un grupo que seguía procedimientos rigurosos y metodologías sólidas, mientras que veían a los historiadores académicos como aficionados dedicados a una práctica histórica elemental, de un empirismo ingenuo, guiada por curiosidades frívolas usualmente motivadas por el origen familiar o por el interés de promover valores sociales entre los lectores, más que por el de conocer verdaderamente el transcurso de nuestra historia. Mientras tanto, los historiadores ajenos a la Universidad tendieron a ver en los nuevos historiadores un grupo aún más empeñado que ellos en una prédica ideológica, en la medida en que los identificaron con posiciones políticas radicales o revolucionarias, y asumieron con vigor la defensa de supuestos valores tradicionales del país, amenazados por las visiones económicas o sociales de nuestro pasado.

Esta tensión –que sólo en muy contados momentos se convirtió en confrontación abierta, y que estuvo matizada por la existencia de múltiples puntos de contacto y encuentro- encontraba su sentido en los rasgos básicos del proceso político colombiano entre 1957 y los ochentas: los sectores académicos más activos en las universidades, docentes o estudiantes de las áreas de ciencias sociales, compartían un diagnóstico político que consideraba profundamente injusta la sociedad colombiana y predicaba su transformación radical. La historia, al adoptar una metodología científica, descubría las estructuras profundas de nuestro desarrollo y al hacerlo contribuía a crear herramientas para su transformación. Para algunos historiadores y lectores, más vinculados a las organizaciones políticas, la historia podría llegar a ofrecer incluso, al caracterizar adecuadamente el país, al definir su carácter feudal o capitalista, guías concretas para la acción. Para otros la función de la historia, aunque hacía parte de un proceso de crítica cultural, no podía llegar tan lejos: en vez de ello los historiadores críticos, al reelaborar el pasado del país, construían una visión que, en la misma medida en que era más exacta, superaba los mitos y las formas de manipulación que hacían de la historia académica una herramienta en manos de los grupos dirigentes. Una sociedad con conciencia histórica, era el supuesto, podría escoger en forma más libres sus alternativas políticas, podía elegir su destino superando los condicionamientos del pasado.¹

La profunda crisis de los proyectos políticos de izquierda ha tenido sin duda efectos muy notables sobre este proceso, y el trabajo histórico de la última década parece moverse en un terreno totalmente diferente al que existió en los años de relativo predominio de la "nueva historia". Al perderse la visión del papel de la historia en el cambio social, el elemento que creaba tensión entre un polo científico y un polo académico se debilitó. Mientras que

¹ La primera visión provenía de lecturas que he llamado positivistas del marxismo: la idea de que el conocimiento histórico permite definir las leyes que rigen el cambio social y en esa medida permite prever las transformaciones del futuro. La segunda se apoyaba en general en vertientes críticas del marxismo, de Sartre y Marcuse a Gramsci. Entre los historiadores marxistas, Pierre Vilar parecía más afín al primer planteamiento, mientras que Edward Thompson o Raymond Williams ofrecían argumentos a la visión más cultural del marxismo.

muchos historiadores formados en los sesentas y setentas siguen haciendo una práctica histórica que todavía se inspira en los modelos de esos años, aunque en buena parte desprovistos de sus aristas más combativas, las nuevas generaciones parecen bastante alejadas de cualquier perspectiva política y no comparten los viejos paradigmas de interpretación ni enfrentan los mismos problemas analíticos.² Pero si ideas como la de la "historia total", la historia como ciencia social, la pretensión del historiador de representar una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora, ya no obtienen el consenso, tampoco se han consolidado paradigmas alternativos. Coexisten, muchas veces como capas generacionales, corrientes y orientaciones diversas, los temas investigadores son cada día más variados, hasta el punto de que es difícil hoy decir qué define la historia como disciplina o como práctica académica – hacer parte de un departamento de historia en la universidad, estudiar el pasado, parecen ser los únicos rasgos de identidad-, la tradicional relación de la investigación histórica con unos procedimientos de validación documental parece haberse debilitado radicalmente y los historiadores escriben cada vez más para un público conformado por ellos mismos, en la medida en que las ambiciones de influir el proceso social se han debilitado, para quedar en manos de politólogos y violentólogos.

La multiplicidad de tendencias y su carácter todavía embrionario hace muy difícil captar el sentido de lo que está ocurriendo actualmente entre los historiadores. Por otra parte, estos cuarenta años finales del siglo han visto una expansión muy notable de los volúmenes de producción del área: ahora existen cuatro o cinco revistas académicas especializadas, se elaboran decenas de tesis de pregrado y postgrado al año, los libros de tema histórico proliferan. Nadie puede pretender conocer siquiera una parte significativa de esta producción, y por ello el lector de estas notas debe aceptar que se basen en el desordenado muestreo de un lector habitual de textos del área, que inevitablemente prefiere dedicar su tiempo de lectura a las áreas que más le interesan y a los autores que cree más interesantes, sugestivos o sólidos.

II. Las historia académica

Durante la primera mitad del siglo XX la escritura histórica colombiana estuvo dominada por lo que se ha denominado la historia académica: un trabajo centrado en la historia militar y política, con énfasis en los períodos del descubrimiento, conquista e independencia, dominado por una

² Por supuesto, existen excepciones a esto. Pero aunque muchos historiadores mantienen su fidelidad a una perspectiva alternativa a través de la elección de temas vinculados a las luchas populares o al conflicto social, son pocos los que hacen explícito su compromiso con una visión revolucionaria o marxista. Para una excepción interesante, ver Renán Vega Cantor, *Colombia entre la democracia y el imperio: aproximaciones históricas a la turbulenta vida nacional del siglo XX*, Bogotá, El Buho, 1989. Allí hay un vigoroso debate con los representantes más conspicuos de la nueva historia, cuyas afirmaciones no es posible debatir aquí.

concepción moralista y de educación cívica de la historia, que llevaba a privilegiar las biografías de figuras con rasgos heroicos o ejemplares, desarrollado con una perspectiva metodológica relativamente ingenua y basada en la visión de que la realidad histórica existe independientemente del historiador, que la encuentra y narra con base en el testimonio del documento, y escrita ante todo por aficionados, usualmente vinculados a familias destacadas en el acontecer político nacional o regional. Las academias de la historia, regionales o nacional, congregaban a la mayoría de estos historiadores, y en sus boletines y revistas se publicaban sus trabajos. Su visión histórica se difundía al público general a través de la prensa y las revistas, y sobre todo por la adopción simplificada de sus versiones por el sistema escolar, a través de los manuales de estudio. Los manuales, en cierto modo, constituían la culminación lógica de su esfuerzo: mediante ellos se cumplía la función formadora de la historia, que debía expresarse en la promoción de valores morales y comportamientos cívicos entre la población. Desde 1910, cuando había ganado el concurso convocado con ocasión del primer centenario de la declaración de independencia, la *Historia de Colombia* de José María Henao y Gerardo Arrubla representaba el mejor ejemplo de estos textos escolares y era el más usado de todos, aunque los de Julio César García, entre los laicos y más neutrales, y Rafael Granados y Justo Ramón entre los religiosos, lograron también amplia difusión. En todos ellos predominaba la narración de los hechos heroicos de la conquista, que había traído la civilización, la lengua y la religión al país, y de las peripecias de la independencia, que había consolidado una nación pacífica, progresista y bien gobernada: el recuento de los actos de cada administración era un elemento central en la organización de estos materiales. La visión crítica se reducía a ocasionales lamentaciones sobre los excesos de uno u otro partido, o sobre la arrogancia de algún caudillo que había tratado de romper el orden democrático.³

Esta visión predominaba en forma muy clara, y aunque algunos historiadores podían romper los marcos de una definición muy estricta, eran pocas las excepciones. Las que vale la pena subrayar son las que, al romper las camisas de fuerza de la temática o la simplicidad metodológica, se distanciaron de la historia académica. El libro de Luis Eduardo Nieto Arteta

³ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, Bogotá, 1911. Una breve caracterización de la historia académica se encuentra en mi artículo "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes" (1969), reeditado en *Historiografía Colombiana, realidades y perspectivas* (Medellín, Seduca, 1996). Sobre el texto de Henao de Arrubla, ver Bernardo Tovar, "el pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", ACHSC 10 (Bogotá, 1982), y sobre todo Germán Colmenares, "La batalla de los manuales en Colombia", en Michael Rickenberg (comp.), *Latinoamérica, enseñanza de la Historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial y Flacso, 1991. Colmenares señala que el texto equilibraba la visión conservadora "que ponía énfasis en la empresa de cristianización y en la misión civilizadora de Europa en los períodos de la conquista y la colonia, con la insistencia liberal en el perro de la independencia". El libro del conservador Julio César García, publicado en 1942, mantiene la neutralidad y tolerancia partidistas, a pesar de los agudos enfrentamientos entre el liberalismo y el conservatismo durante el gobierno de Alfonso López.

Economía y Cultura en la Historia de Colombia, publicado en los últimos días de 1941, constituyó el primer intento de aplicar una metodología de orientación marxista para comprender el pasado colombiano. Nieto Arteta se enfrentaba conscientemente a lo que veía como una historia que debía superarse –“la historia colombiana está por hacer”, decía en una carta de 1938- y ofrecía una visión en la que la economía, usualmente ignorada, tenía una función central en la interpretación del pasado.⁴

En los años siguientes otras obras empezaron a modificar en diversas direcciones la metodología de la investigación histórica. En 1944 Juan Friede hizo un trabajo temprano de etnohistórica, *El indio en lucha por la tierra*, y en 1949 Guillermo Hernández Rodríguez, uno de los primeros dirigentes del Partido Comunista de Colombia, publicó su libro sobre las sociedades indígenas. Con ello, se intentaba, muy de acuerdo con Mientras tanto, un joven historiador, Indalecio Liévano Aguirre, había publicado una biografía en muchos sentidos novedosa, la de Rafael Núñez.

Tres o cuatro libros en una década no parecen mucho. Pero son señales de un cambio que tenía otras manifestaciones, como la presencia de profesores europeos con formación histórica sólida en la Escuela Normal Superior y la Universidad Nacional (Gerhard Masur y José María Ots Capdequi, quien hizo uno de los primeros usos sistemáticos de la documentación del Archivo Histórico Nacional) y que sin duda se expresaba en una insatisfacción amplia aunque difusa, entre los intelectuales, con el estado de la historiografía colombiana.⁵ Sin embargo, el interés por la investigación histórica era marginal, y los 1000 ejemplares de la primera edición del libro de Nieto Arteta tardaron casi veinte años para venderse. Lo mismo ocurrió con otra obra, de calidad sorprendente, y que colocaba en el centro de la investigación el problema del crecimiento industrial del país: el libro de Luis Ospina Vásquez.⁶ Aunque el libro no tenía ninguna influencia marxista, la seriedad con la que se abordó el tema económico y la solidez de la investigación lo convirtieron, años después, en uno de los libros favoritos de los jóvenes historiadores de inclinación marxista. Sin embargo, se publicó durante la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, en un período de relativo encerramiento cultural, y la filiación conservadora de su autor puede haber alejado a los lectores a los que los historiadores antes mencionados habían preparado para una nueva orientación. Pero entre sus pocos lectores

⁴ Una caracterización de la obra de Nieto puede verse en Melo, “Los estudios históricos...”, 29. El estudio más sólido sobre este libro es el de Gonzalo Cataño, “Un clásico de la historiografía nacional: *Economía y cultura* de Luis Eduardo Nieto Arteta”, en *Historia Crítica*, Bogotá, 1977, No 15. El libro había sido ya publicado en gran parte, a partir de 1938, en periódicos bogotanos. Cataño destaca, además de la influencia marxista, que incluía a José Carlos Mariátegui, la de José Ingenieros.

⁵ Los libros citados son Juan Friede, *El indio en lucha por la tierra* (Bogotá, 1944); Guillermo Hernández Rodríguez, *De los Chibchas a la Colonia y a la República* (Bogotá, 1949); Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, (Bogotá, 1943). Ots Capdequi publicó *Aspectos del siglo XVIII español en la Nueva Granada*. En los textos de Hernando Téllez, de Baldomero Sanín Cano e incluso de Germán Arciniegas, quien elogió en 1942 el libro de Nieto Arteta por su orientación marxista, se advierte este descontento con la historia más convencional.

⁶ Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia 1810-1930*, Medellín, 1955.

estuvieron algunos de los jóvenes científicos sociales que se habían formado en la Escuela Normal Superior y en la Universidad Nacional en los cuarentas y que serían los protagonistas de los cambios en la orientación de la disciplina durante los primeros años del frente nacional.

III. La modernización de la historia

La caída de la dictadura de Rojas Pinilla, en 1957, creó en forma casi inmediata un nuevo clima cultural e intelectual en el país. Grupos que realizaban su tarea en forma algo subterránea –como la revista *Mito*, fundada en 1955, en medio de la dictadura- salieron a la luz pública. El arte académico fue rápidamente desplazado por el arte abstracto o por nuevas formas de figuración (en 1958 Botero ganó el salón nacional de artistas) y se produjo una gran efervescencia política, creada por la necesidad de consolidar la democracia recién recuperada, y muy marcada por el ejemplo de otros países cuyas dictaduras habían caído, como Venezuela y sobre todo Cuba. En las universidades, que iniciaron un proceso de rápida expansión cuantitativa, los nuevos estudiantes, con una representación mucho mayor de la provincia y de clases sociales medias que antes, encontraban un ambiente en el que la revolución y el marxismo eran el tema de cada día.

Ante la crisis de la Normal Superior, que había sido cerrada por el gobierno de Laureano Gómez, para el que era un foco de corrupción, marxismo y coeducación, la Universidad Nacional se convirtió en el centro de formación en ciencia social. En la Escuela de Filosofía y Letras, convertida luego en Facultad, la enseñanza de historia estuvo, desde finales de los 50s, a cargo de historiadores de formación profesional como el español Antonio Antelo Iglesias, que dejó entre sus estudiantes una imagen de profesor erudito y exigente, y orientó los primeros trabajos históricos de Germán Colmenares, y de Jaime Jaramillo Uribe, quien dictaba los cursos de Historia de Colombia y Filosofía de la Historia. Jaramillo, graduado de la Normal Superior –en cuya revista reseñó en 1942 el libro de Nieto Arteta- acababa de regresar de un período de estudio en el exterior, en el que estuvo en París y Alemania. Las obras de los historiadores sociales alemanes y sobre todo del grupo de *Annales*, en particular de Bloch, Febvre y Braudel, iban a ser parte de la lectura habitual de sus alumnos. Igualmente promovía el estudio de los historiadores sociales y de la cultura, como Pirenne, von Martin, Trevelyan, Cassirer o Huizinga, y teóricos alemanes de las ciencias del espíritu o de la cultura, como Cassirer, Rickert y Windelband. Conocedor de la sociología alemana, Simmel, Sombart y Weber ofrecían nuevas perspectivas de historia social. Probablemente el momento fundador de la nueva orientación histórica puede datarse con la creación en 1963 del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, cuyo nombre anunciaba una orientación contrapuesta a la historia político-administrativa tradicional.

Bajo la orientación de Jaramillo se creó en 1964 la carrera de historia, independizándola de Filosofía y Letras. Aunque algo se perdía de visión

universal –los anteriores estudiantes de historia, como un simple énfasis dentro de la carrera de filosofía y letras, tenían formación más sólida en idiomas y en filosofía – esto promovía la especialización, ampliaba el número de cursos de contenido histórico y en particular los relativos a la historia de Colombia. En la vieja facultad de filosofía, mientras se tomaban ocho semestres de historia universal, solo se tomaba uno de historia de Colombia; la proporción se invirtió casi radicalmente, y además se crearon clases de historia de América y otras historias especializadas, además de un conjunto de seminarios de formación en el trabajo y la metodología históricos. Colmenares, Margarita González y Jorge Orlando Melo se graduaron como filósofos, mientras que entre los primeros graduados de la carrera de historia estuvieron Hermes Tovar, Jorge Palacios y Víctor Álvarez. Mientras esto ocurría, en la facultad de sociología, orientada por Orlando Fals Borda, el profesor de historia era Juan Friede, a quien debe considerarse también como un representante de un estilo nuevo de investigación histórica, y quien había tenido problemas por sus posiciones políticas durante el gobierno conservador.

La existencia de una formación profesional para historiadores, en la que los alumnos se familiarizaban con métodos exigentes de análisis del documento, utilizaban el Archivo Nacional, y conocían la literatura histórica contemporánea, coincidió con procesos culturales externos que reforzaron el impacto de las nuevas corrientes.. La euforia por la caída de la dictadura, el impacto de la revolución cubana sobre los sectores más radicales del liberalismo o sobre los simpatizantes del socialismo contribuyeron a una radicalización acelerada de los sectores de estudiantes que estaban engrosando una universidad que se abría en forma amplia a capas sociales medias. La misma universidad inició un proceso de desarrollo y crecimiento cuantitativo que se expresó en la creación de los campus de las universidades regionales, como la del Valle y la de Antioquia, y en un proceso de ampliación y reforma en la Universidad Nacional, que elevó súbitamente el número de profesores de tiempo completo y alteró el viejo sistema de facultades para dar prioridad a los departamentos, a los que se atribuían ante todo funciones de investigación. En este contexto, la historia adquirió fuerte visibilidad como elemento de cultura política y de debate social. La primera señal de esto la dio el éxito de la serie de Indalecio Liévano Aguirre *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* publicada en la revista *La Nueva Prensa* en 1961. Su acogida entre los lectores llevó a una edición en libro, que llegó a la entonces impensable cifra de 10.000 ejemplares. (En un país que tenía unos 20.000 estudiantes universitarios). El gran éxito mostraba la aparición de un nuevo público para la historia, que esperaba algo diferente a la historia académica. Esperaba, creo, ante todo una cierta visión de compromiso social, un cierto carácter de desafío frente a la historia oficial.

Sin embargo, de entrada los historiadores más profesionales, así se sintieran afines a los proyectos políticos de Liévano Aguirre (que para entonces era un importante ideólogo del Movimiento Revolucionario

Liberal), manifestaron sus desacuerdos con *Los grandes conflictos...* Jaramillo Uribe, que había sido al mismo tiempo elogioso y muy crítico de Nieto Arteta, tampoco compartía el populismo y la falta de rigor documental de Liévano Aguirre. Una reseña de Germán Colmenares, publicada en 1961 en *Esquemas*, mostró el distanciamiento de los historiadores universitarios con la obra de Liévano, que mantuvo a partir de entonces un gran seguimiento entre los universitarios, pero un rechazo entre los que se vinculaban profesionalmente con la historia.

En 1964 apareció el libro de Jaime Jaramillo Uribe *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Era un trabajo extraordinario, de una calidad muy superior a cualquier otro trabajo histórico anterior, solamente comparable con *Industria y Protección*. Sin embargo, se publicaba en un momento en el que la mayoría de los estudiantes y recién graduados dedicados a la historia se interesaban por una historia más comprometida con la visión política. Por ello, aunque Jaramillo estaba formando a la mayoría de los historiadores, estos mismos se distanciaban aceleradamente, de él, más que todo por razones ideológicas, y la historia de las ideas fue un área en la que pocos lo siguieron. Por ello, creo que pocos de los historiadores formados en los 60s hubieran leído este libro. Colmenares, en su obra sobre partidos políticos y clases sociales, que fue su tesis de doctorado como abogado, presentada en la Universidad del Rosario en 1962 y publicada en 1965 y 1966 en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*,⁷ no menciona ni una sola vez a Jaramillo Uribe, a pesar de la afinidad de los temas. Sin duda había leído los capítulos y textos que se publicaron en *Eco* y otras revistas, pero no se sintió obligado a revisar un texto ya escrito y realizar un diálogo con el pensamiento y las interpretaciones de Jaramillo, metodológicamente pertenecientes a la historia de las ideas, con sus análisis de influencias y semejanzas. Colmenares quería plantear una historia más cercana a la recepción de las ideas, a partir de intereses y configuraciones políticas locales, algo que viera en que medida las formas de pensamiento y representación se volvían herramientas al ser adoptadas por razones diversas por los grupos sociales locales.⁸

Por otra parte, los cambios en la estructura universitaria favorecieron a los universitarios recién graduados. Por una parte, las posibilidades de estudio en el exterior se habían ampliado substancialmente, y muchos, apoyados en becas o comisiones de estudio, pudieron utilizarlas. A Paris, donde estaba el centro de influencia de *Annales*, en busca de Fernand Braudel o Pierre Vilar, viajaron Colmenares y años después Alvaro Tirado; a Chile, donde enseñaban discípulos de Braudel, viajaron Colmenares y Hermes Tovar. Otros fueron a Estados Unidos, Sevilla o México. A su regreso al país, las

⁷ No conozco el texto de la tesis, y por lo tanto no puedo evaluar que tanto cambió el texto final entre 1962 y 1965. Tampoco he comparado sistemáticamente el texto del *Boletín* con el de la primera edición en libro,

⁸ Por lo demás, las divergencias entre los discípulos y el maestro fueron tempranas y substanciales. Un ejemplo es el tema de la población indígena en el momento de la conquista, que para Jaramillo no llegaba al millón de habitantes. Friede, Colmenares, Tovar y Melo se inclinaron por cifras substancialmente mayores.

universidades pudieron vincularlos a la docencia: en todas partes aumentaba el profesorado de tiempo completo, las ciencias sociales estaban en auge y dentro de las ciencias sociales era necesario dictar cursos de historia. Incluso en algunos casos, como en la Universidad de los Andes, se organizaron programas de investigación, que pretendían conducir a la utilización amplia de los archivos y a ambiciosos programas de ediciones de documentos.⁹

Al regreso de los estudios en el exterior comenzó la primera presencia de libros de estos historiadores. Germán Colmenares publicó, al regresar de París en 1964, su *Partidos Políticos y Clases Sociales*, y al volver de Chile en 1969, *Las Haciendas de los Jesuitas*. Margarita González, el *Resguardo en el Nuevo Reino de Granada* y Hermes Tovar su trabajo sobre los chibchas.

Aunque los niveles de producción de los historiadores académicos eran aún incipientes, y las publicaciones de las academias eran aún más numerosas, la autodefinición como un grupo diferente, a partir de la crítica de la historia académica fue temprana. Una de las primeras caracterizaciones polémicas de la "versión oficial de la historia", la hizo Germán Colmenares en *Partidos Políticos y Clases Sociales*, publicado por capítulos a partir de 1965 en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango. "La reconstrucción histórica está sometida en Colombia a las reglas de un empirismo bien probado pues se escamotea de antemano todo intento de interpretación. Los hechos no trascienden jamás la versión oficial del documento que los contiene. El investigador reduce de ordinario su tarea a hilvanar documentos de prosa oficial y a traducirlos a prosa cotidiana. Este procedimiento, familiar a todos aquellos que han leído un manual escolar, da como resultado la enumeración interminable de actos oficiales". Allí critica además el predominio de una visión de la historia como relato de las funciones burocráticas del estado, la emisión de juicios de valor, el sometimiento a la tradición partidista y concluye que "el análisis de la imagen petrificada de la historia que ofrecen los manuales escolares podría conducirnos a examinar otros aspectos de se deriven de su carácter didáctico, de su tendencia apologética y de su falta absoluta de imaginación". Antes, en 1964, Juan Friede había publicado en el mismo *Boletín Cultural* un texto en el que, en el que defendía la historia social y económica y criticaba la historia académica.¹¹ De estas manifestaciones, que se reducían a caracterizar y criticar la historia convencional, a la

⁹ Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo prepararon para la Universidad de los Andes, en 1966, tres volúmenes de documentos históricos que deberían servir para que todos los estudiantes se familiarizaran con los documentos originales en el proceso de su formación (*Lecturas de Historia Colonial*, 1966) Y en 1968 Colmenares y Margarita González publicaron las *Fuentes para la Historia del Trabajo*, que debía ser el primer volumen de un esfuerzo tan ambicioso como el Silvio Zavala en México. El segundo viaje de Colmenares a París y la negativa de la Universidad a vincularlo nuevamente, en 1971, tuvieron que ver con las dificultades de este proyecto.

¹⁰ Colmenares, "Partidos políticos..." *Boletín Cultural y Bibliográfico* (1965)

¹¹ "La investigación histórica en Colombia", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII; No 2 (1964)

afirmación de que se estaba haciendo un trabajo diferente claramente definido no había gran distancia. El artículo publicado por Jorge Orlando Melo en 1969,¹² señalaba ya algunos elementos de identificación positiva: los historiadores que se contraponían a la historia académica, y que incluían tanto los formados en la Nacional como economistas y sociólogos de diferentes proveniencias, compartían una visión teórica compleja, el interés por la historia económica, social y cultural, la apertura a las ciencias sociales, la definición como historiadores profesionales y el hecho de dirigirse a las nuevas capas intelectuales conformadas alrededor de las universidades. Aunque no se atribuía ninguna identidad metodológica, se señalaba el peso de la influencia de escuelas como el marxismo, *Annales* y la "New Economic History": no se trataba de un grupo, de una escuela, de una corriente unificada, sino simplemente del proceso de surgimiento de la historia como disciplina con pretensiones e ciencia. En este sentido, el proceso que se estaba dando en la disciplina histórica era sin duda paralelo al que estaba ocurriendo en sociología, alrededor de Orlando Fals Borda y al que había ocurrido, casi dos décadas antes, en la antropología, alrededor de Paul Rivet y el Instituto Etnológico Nacional.

Los historiadores, sin embargo, disfrutaron de algunas circunstancias favorables para una divulgación mucho mayor de sus resultados y para lograr un impacto aparente más fuerte. La historia tenía un status privilegiado en las visiones marxistas de la sociedad, tanto como la economía política. Esto ayudo a convertir al público políticamente motivado en publico lector de la disciplina. Por otra parte, los historiadores tuvieron papel importante en la conformación de una red de editoriales pequeñas que comenzó en 1968 con la Oveja Negra y se amplió rápidamente a otros proyectos similares. Los éxitos editoriales de algunos proyectos y la tolerancia de las divergencias metodológicas que caracterizo desde el comienzo a los historiadores, facilitaron luego la elaboración de proyectos colectivos de divulgación, que representaron uno de los rasgos sociales distintivo del desarrollo de la historia durante las décadas siguientes.¹³

En forma paralela al interés en la economía derivado de las perspectivas marxistas, se desarrolló un área de investigación en historia económica que respondía también a visiones menos políticas. En la Universidad de los Andes se hicieron tesis de grado como las de Darío Bustamante y Luis

¹² Jorge Orlando Melo, "Los estudios históricos en Colombia, situación actual y tendencias predominantes", *Revista UN*, No 2, Bogotá, 1969.

¹³ La Oveja Negra fue fundada por Moisés Melo, y entre sus accionistas estuvieron Salomón Kalmanovitz y Jorge Orlando Melo; en la Carreta participo Mario Arrubla. Jorge Orlando Melo y Mario Arrubla fueron editores de la Universidad Nacional entre 1968 y 1971 y publicaron la primera edición de la *Introducción a la Historia Económica* de Alvaro Tirado, así como obras de Jaime Jaramillo Uribe y otros historiadores. Un temprano trabajo histórico en el que participaron historiadores de muy diferente perspectiva ideológica, fueron las *Estadísticas Históricas de Colombia*, editadas por Miguel Urrutia y Mario Arrubla en 1970.

Fernando Sierra,¹⁴ en buena parte bajo la orientación de Alvaro López Toro, quien había publicado en 1968 su *Migración y Cambio Social en Antioquia durante el siglo XIX*. Miguel Urrutia había publicado un poco antes su tesis sobre historia del sindicalismo (1968).¹⁵ Pero lo que puso de moda la economía fue el éxito editorial de los *Estudios sobre el Subdesarrollo Colombiano* –un buen ejemplo de la historia conceptual que esperaban los activistas políticos– de Mario Arrubla, cuya primera edición en libro (había sido escrita en 1962 y 1963) salió en 1968, y la publicación, en 1970, de los *Apuntes para una Historia Económica de Colombia* de Alvaro Tirado Mejía, convertido a partir de 1971, con el nombre de *Introducción a la Historia Económica de Colombia*, en un bestseller que transformó los contenidos de la enseñanza secundaria y universitaria en muchos sitios: fue el primer desplazamiento de los manuales tradicionales por un manual que ofrecía una visión radicalmente diferente del pasado colombiano.

Los primeros años de la década del setenta fueron difíciles: las universidades públicas, e incluso algunas privadas, vivieron años de intensa agitación estudiantil, de huelgas, conflictos violentos y cierres continuos. Aunque esto estimuló la producción histórica más orientada a la acción política, y el entusiasmo radical permitió la creación y supervivencia de revistas de buena calidad como *Cuadernos Colombianos* e *Ideología y Sociedad*, pronto la agitación política y universitaria comenzó a obstaculizar el trabajo académico. Mucho tiempo se dedicaba a esfuerzos por manejar, reorganizar, reformar o simplemente abrir la universidad, y varios de los historiadores se vincularon a la administración universitaria. Los que se mantuvieron alejados de esto, como Germán Colmenares, mantuvieron la mayor productividad, y en cierto modo la década del setenta es, desde el punto de vista científico, una década dominada por el trabajo de este historiador. Entre 1970 y 1979 publicó tres libros fundamentales: la *Historia Económica y Social de Colombia 1537-1719, Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes y Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800*. Sin embargo, en estos años se publicaron algunos otros textos importantes, como el libro de Jorge Palacios sobre la trata de esclavos, el libro de Marco Palacios sobre el café, el estudio sobre la conquista de Jorge Orlando Melo y el libro de Gerardo Molina sobre la historia del partido liberal.¹⁶

En general, la producción de los historiadores profesionales y de economistas y sociólogos dedicados al estudio histórico estuvo orientada a

¹⁴ Darío Bustamante, "Efectos del papel moneda durante la regeneración", en *Cuadernos Colombianos* No 7, Medellín, 1974; Luis Fernando Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971.

¹⁵ *Historia del Sindicalismo en Colombia*, Bogotá, 1979..

¹⁶ Jorge Palacios, *La trata de negros por Cartagena de Indias*, Tunja, 1973; Marco Palacios, *El café en Colombia (1850.1970); una historia económica, social y política*, Bogotá, 1979, Jorge Orlando Melo, *El establecimiento de la dominación económica*, Bogotá, 1977 y Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols, Bogotá, 1970-1976. Además, Jaime Jaramillo Uribe recogió en libro algunos de sus artículos de historia social y cultural y se publicaron varias traducciones de autores norteamericanos, como Frank Safford y William Paul McGreevey.

hacer una historia económica de fuerte orientación social e institucional. Se hicieron, es cierto, algunos esfuerzos de reconstrucción de series cuantitativas, como las referentes a producción colonial de oro o a pago de diezmos, pero el énfasis estaba en las estructuras económicas y en los procesos sociales que las acompañaban. La historia política, que se identificaba con los rasgos negativos de la historia tradicional, desapareció casi por completo de la investigación: apenas pueden citarse el libro de Molina sobre el liberalismo, que es ante todo una historia del pensamiento liberal, y el ambicioso intento sociológico de Fernando Guillén Martínez, que no ha tenido ni la discusión ni la influencia que merecería.¹⁷ Por otra parte, la historia regional, que tenía amplios antecedentes en la historia tradicional, comenzó a reformularse drásticamente, con base en trabajos como los de Colmenares sobre el occidente colombiano. La existencia de un departamento de historia sólido en Cali reforzó esta tendencia, como lo haría desde finales de la década la existencia de los departamentos de Historia de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Medellín. En efecto, desde entonces los trabajos históricos en ciudades diferentes a Bogotá han estado caracterizados por una gran especialización en el estudio de la historia regional o local. En años más recientes, algo similar se ha producido en Santander, alrededor del departamento de historia de la UIS, y en la Costa Atlántica.

Quizás valga la pena destacar como la práctica histórica colombiana, aunque mantenía cierta atención por los debates que se estaban dando en Europa alrededor de problemas como el del estructuralismo, el humanismo, el papel del sujeto en la historia, la constitución teórica del objeto de las ciencias, etc., se mantuvo bastante cerca de las corrientes que ya hoy habría que llamar más convencionales. Frente a algunos pocos científicos sociales que esgrimieron a Althusser y sus discípulos para objetar los procedimientos supuestamente empiristas de los historiadores, o frente a las estrategias investigativas derivadas de Foucault, hubo al mismo tiempo interés y reticencia. Mientras Althusser y sus seguidores, caracterizados por un estructuralismo radical que parecía contradecir todos los supuestos de la investigación histórica, no tuvieron ninguna acogida entre los historiadores practicantes –aunque sí muy grande entre estudiantes y otros grupos– la obra de Foucault comenzó a influir a algunos grupos de investigadores, sobre todo los que comenzaban a trabajar en áreas como historia de la educación y de la ciencia, cuyos resultados comenzaron a conocerse ya en la década siguiente.

Un buen ejemplo de la actitud de los historiadores hacia esta polémica puede ser el siguiente texto de Colmenares, en el que hizo una vigorosa

¹⁷ Guillén Martínez, Fernando, 1925-1975. *El poder político en Colombia*, Bogotá: Ed. Punta de Lanza, 1979. Como lo señalé en la apertura del Congreso de Historia de Cali en 1979, era lamentable que un "aspecto del pasado nacional cuya reformulación es hoy urgente, ante la persistencia de los más injustificados mitos y ante el uso puramente polémico y partidista que se hace de la historia política siguiera en manos de los historiados menos preparados y menos sistemáticos". "Los estudios históricos en Colombia 1969-1979", *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional, Sede de Medellín, No 9-10, 1980-81, p 104.

crítica de la metafísica antipositivista, de la "propensión libresca por los conceptos puros": "Lo propio de la realidad inmediata no es proporcionar el principio mismo de su explicación. De acuerdo. ¿Pero quiere decir esto que tengamos que regresar a explicaciones de tipo metafísico o teológico, construidas sobre la base de confusiones lógicas? Porque lo cierto es que, dado un sistema de explicaciones coherentes, la realidad inmediata no puede ser sencillamente escamoteada. Aún las realidades aparentes, es decir, recubiertas por una ficción ideológica, pueden ser descubiertas –o desveladas– una vez que se acceda a un marco de explicaciones más amplio. En otras palabras, toda concepción teórica tiene que ir a los hechos para explicarlos, aún si no se ha partido de ellos. La desvalorización absoluta de los hechos es lo propio de toda concepción teológica o metafísica... Todo el mundo sabe que la elaboración de marcos teóricos se ha convertido en el pasatiempo universitario por excelencia. El marco teórico resulta no ser otra cosa que la búsqueda de un mutuo reconocimiento colectivo de habilidades ergotistas... En el curso de los últimos años, la preocupación por la investigación ha matado a la investigación en Colombia"¹⁸.

A los procesos de institucionalización señalados antes se añadió, en la segunda mitad de la década, la equivocada agrupación de los historiadores universitarios bajo el nombre de "nueva historia". El término, que había sido utilizado en otros países para muy diferentes cosas, fue generado por el título de un libro en el que se seleccionaban trabajos de algunos de los más visibles historiadores universitarios.¹⁹ Aunque el libro publicaba artículos de las más variadas y hasta contrapuestas orientaciones teóricas, la idea de que se trataba de un grupo homogéneo, de una escuela histórica, se impuso entre el público menos informado, y se reforzó cuando se inició, en mayo de 1977, bajo la orientación de Jaime Jaramillo Uribe, el proyecto del Manual de Historia de Colombia, dirigido a un público no especializado. Este manual, que era en buena medida una respuesta a la "Historia Extensa de Colombia", que desde 1964 publicaba la Academia Colombiana de la Historia, fue publicado en tres volúmenes aparecidos en 1978, 1979 y 1980, y tuvo una respuesta muy favorable de los lectores, con excepción de los grupos más tradicionalistas, que la consideraron un ataque a los valores del país, y de los grupos marxistas más ortodoxos: Nicolás Buenaventura anticipó que se trataba de una nueva historia oficial, escriba por historiadores escogidos por el ejecutivo, y que expresaba el triunfalismo provocado por las bonanzas cafeteras y exportadoras; "el capitalismo colombiano se renueva, se siente con ánimo emprendedor y piensa honradamente que es hora de hacer una "nueva historia".²⁰

¹⁸ Germán Colmenares, "Por donde comenzar", *Gaceta*, No 13, 1977, p 7

¹⁹ Darío Jaramillo, ed. *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, 1977.

²⁰ Estudios Marxistas No 14, Bogotá. 1977. Estas afirmaciones aparecen en una reseña al "texto tan reaccionario de Melo", a saber *El establecimiento de la dominación española*.

IV El auge de la historia

A partir de la publicación del *Manual de Historia de Colombia* los historiadores vivieron un breve período de auge y reconocimiento social. Las universidades reforzaron su apoyo al trabajo en estas áreas y crearon nuevos departamentos o ampliaron los existentes. En términos de aceptación pública, los años culminantes del desarrollo de la historia fueron probablemente 1985-88, cuando se inundó el mercado con productos editoriales de gran aliento, que trataban de seguir el ejemplo del *Manual*. Desde 1984 se habían iniciado los trabajos de preparación de una historia, denominada *Nueva Historia de Colombia*, de Editorial Planeta, y poco después Salvat y la Oveja Negra comenzaron trabajos similares, que condujeron a la publicación, en fascículos, de los trabajos de las dos últimas, entre 1985 y 1987. Planeta decidió aplazar su salida al mercado y publicó la obra en 1988. Podemos suponer que las ventas conjuntas de estas obras pasaron de los 100.000 ejemplares, y quizás más que doblaron esta cifra. Otros trabajos colectivos de estos años fueron *Colombia Hoy*, la *Historia de Antioquia* publicada en edición también cercana a los 100.000 ejemplares por *El Colombiano* de Medellín (1987) y en 1988 en formato de libro, *La historia de Bogotá* (1988), y la *Historia Económica de Colombia* obra colectiva coordinada por José Antonio Ocampo, que ganó el premio de ciencia Alejandro Angel Escobar en 1988: la primera obra histórica en recibir este reconocimiento. En el plano de las monografías investigativas, las publicaciones más notables de los ochentas, en las áreas de historia económica y social las hicieron José Antonio Ocampo, Hermes Tovar, Jesús Antonio Bejarano, Salomón Kalmanovitz, Mauricio Archila, Orlando Fals Borda, Bernardo Tovar, Alberto Mayor y Alberto Aguilera. La historia política comenzó, tímidamente, a revivir: Alvaro Tirado, Gonzalo Sánchez, Carlos Miguel Ortiz y Medófilo Medina hicieron contribuciones importantes al conocimiento de la historia política y la violencia durante el siglo XX. Y la lista podría ampliarse muchísimo: ahora, cada año, aparecían varios libros significativos. A los colombianos se añadieron varios extranjeros, entre los que vale la pena citar, por su especial significación y por esbozar varias modificaciones substanciales en los puntos de vista convencionales, *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*, un complejo análisis del poder y el estado en Colombia realizado por Daniel Pécaut. Surgían también los primeros estudios de historia de la vida cotidiana, de historia de la mujer, de historia de la infancia.

Los modelos teóricos de trabajo seguían siendo previsibles: la historia económica se apoyaba con frecuencia en la teoría de la dependencia, mientras el marxismo parecía irse reduciendo a una orientación metodológica que buscaba ante todo hacer visibles los conflictos de clase y a mirar el mundo, en forma a veces algo populista o reivindicativa, desde la perspectiva de los sectores más explotados o marginados de la población. El ideal seguía siendo el de la tradición francesa: una historia total, en la que los procesos políticos o culturales pudieran enmarcarse en las estructuras económicas y los conflictos sociales. Quizás lo más novedoso era el tono

cada vez menos ideológico, la visión más desligada de cualquier visión sobre el presente que comenzaba a advertirse en los estudios históricos de las generaciones más jóvenes, y las innovaciones teóricas que sugerían algunos libros de Germán Colmenares, en especial su estudio sobre algunos historiadores hispanoamericanos del siglo XIX: allí comenzaba a advertirse el interés por el análisis de las formas retóricas del discurso histórico, inspirado parcialmente en teóricos como Hayden White, quien tendría, en el mundo norteamericano, una gran influencia en el surgimiento de lo que, simplificando, puede denominarse el paradigma postmoderno de análisis histórico, el "giro lingüístico" de la escritura histórica. Sin embargo, Colmenares, aunque apelaba a los recursos de White, los reinscribía dentro de una visión todavía remota del radicalismo lingüístico que roería la solidez de los discursos históricos algunos años más adelante.²¹

Todos estos trabajos reforzaban los niveles de institucionalización de la historia. De alguna manera, permitieron verificar la transformación que se había dado en la forma de escribir historia y sus alinderamientos ideológicos: Salvat recurrió a un equipo vinculado en buena parte a la Academia de Historia, que dio énfasis a la historia colonial y ofreció una imagen hasta cierto punto hispanista de nuestro pasado, aunque sin lograr –ni buscar, probablemente– una visión muy homogénea. La Oveja Negra recurrió a un núcleo de historiadores jóvenes cercanos al marxismo, tratando de ofrecer una visión coherente del pasado, que subrayara ante todo las luchas sociales populares: tampoco logró una gran homogeneidad ideológica. La Nueva Historia de Planeta, que se apropiaba en cierto modo de un nombre que cobijaba otros grupos, tuvo una orientación bastante ecléctica y adoptó, voluntariamente, una estructura poco rígida; incluso le dio cabida a varios historiadores vinculados con la historia tradicional y con los que muchos de los colaboradores habían polemizado en otras ocasiones; fue también la primera que acogió a los historiadores vinculados con el Partido Comunista de Colombia, que habían quedado por fuera del Manual dirigido por Jaramillo Uribe. Casi en la misma medida en que estas ediciones confirmaban el grado de institucionalización social de la disciplina, mostraban el acomodamiento al que se había llegado con la realidad del país: ya era evidente que el intento de cambiar radicalmente el país no era más que un débil rescoldo del pasado, que además se mantenía más vivo en los trabajos monográficos que en las obras de síntesis.

La institucionalización la reforzó el establecimiento de los Congresos de Historia de Colombia: el primero se realizó en Bogotá en 1977, y el último, el décimo, se hizo en Medellín en 1997: son eventos en los que se presentan rutinariamente más de 100 ponencias, usualmente de investigación, y que permiten el encuentro periódico de los principales

²¹ Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, 1987. Jesús Martín-Barbero consideró que este texto representaba una "propuesta postmoderna". *Historia y Espacio*, No 14, Cali, 1991.

historiadores del país y de algunos historiadores del extranjero.²²

Dentro de la lógica crítica de estas corrientes históricas, uno de los objetivos principales era llegar al público escolar. La transformación que se había producido era radical. El pasado colombiano había cambiado substancialmente. De una historia en la que los 50 años de la conquista y los 30 años de la independencia se apoderaban de la totalidad de las páginas del texto escolar, se había pasado a una en la que el privilegio de estos momentos había desaparecido y la historia reciente ganaba terreno. Antes apenas existían la esclavitud, el trabajo forzado de los indios, las encomiendas, las revueltas populares, los artesanos; ahora la historia se detenía en todos estos temas. Antes los temas polémicos se eludían, para evitar la confrontación: ahora las historias estaban llenas de guerras civiles, de violencias, de guerrillas de errores y mentiras. Como lo dijo Álvaro Gómez Hurtado, los nuevos historiadores habían arrojado montones de basura a la historia del país. Pero todo lo anterior era inocuo si los textos de la enseñanza elemental y secundaria seguían iguales. Sin embargo, era difícil que, con un profesorado que crecientemente compartía las nuevas interpretaciones, pudieran sostenerse los viejos textos. Por ello, no hubo una gran sorpresa cuando en 1983 apareció un texto en el que todos estos temas hacían su entrada, y en el que las ilustraciones incluían fotografías de personajes como Guadalupe Salcedo o Camilo Torres Restrepo. Fue el de Margarita Peña y Carlos Alberto Mora *Historia de Colombia* (Bogotá, 1983),²³ al que siguieron Rodolfo Ramón de Roux, *Nuestra Historia*, en 1984 y en 1985, la *Historia de Colombia* de Silvia Duzán y Salomón Kalmanovitz. El primer libro produjo, en 1985, una amplia polémica, que se prolongó hasta 1989, cuando su adquisición por el Ministerio de Educación llevó a una serie de artículos de protesta, encabezada por el presidente de la Academia Colombiana de Historia, Germán Arciniegas.²⁴ Esta polémica ha continuado en forma esporádica, reforzada por las protestas por los cambios en los programas educativos, que han reducido substancialmente el tiempo dedicado a la enseñanza de historia. No ha sido un debate serio, y en general las acusaciones han tergiversado radicalmente lo que aparece en los textos, que se limitan en general –tal vez con la excepción del de Roux, que tiene ambiciones educativas más radicales- a introducir, en forma bastante neutral, los aportes menos controvertibles de la investigación histórica reciente. La defensa de los textos tradicionales y el ataque a la

²² Germán Colmenares hizo en dos ocasiones un balance del desarrollo de la actividad profesional de los historiadores y del desarrollo de la disciplina. Ver "Estado de la Desarrollo e Inserción Social de la Historia en Colombia", en Misión de Ciencia y Tecnología, *La conformación de comunicación científica en Colombia*, Tomo II, vol. 3, Bogotá, Colciencias, 1990, y "Perspectiva y Prospectiva de la Historia en Colombia", en *Ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Colciencias, 1991.

²³ Lo sorprendente era quizás que fuera la Editorial Norma la que encabezara este proceso de modernización.

²⁴ Germán Colmenares, "La polémica de los manuales..." y J. O. Melo, "Arciniegas versus Kalmanovitz: una polémica mal planteada", en *El Tiempo*, 1989, disponible en <http://www.jorgeorlandomelo.com/arciniegaskalma.htm> Ver también *Nuestra historia, a propósito de una polémica*, Bogotá, 1989.

enseñanza materialista reaparece periódicamente, pero el consenso es hoy general y buena parte de los historiadores que hacen parte de las academias se han sumado a los puntos de vista renovadores.²⁵ Sin embargo, no estaría fuera de lugar un debate amplio sobre estos textos y sobre las formas de enseñanza de la historia en la escuela básica y secundaria. A la vieja rutina, con memorización de batallas y hechos administrativos, parece haberla reemplazado una nueva forma de rutina, que aunque supero la memorización de “modos de producción” sigue basada en el aprendizaje de un saber hecho, y no en el desarrollo de capacidades de análisis histórico.

En las universidades, después de las dificultades de los setentas, cuando se cerró el pregrado de historia de la Universidad Nacional, se fue reconstruyendo gradualmente la enseñanza de historia en la última década. Nuevas carreras de abrieron, y en la actualidad existen carreras en Bogotá (Nacional, Javeriana y Andes), Medellín (Nacional y Antioquia), Cali (Valle), Bucaramanga (UIS) y Cartagena. La Nacional inició una maestría en Bogotá a mediados de los ochentas, y la Universidad del Valle ofreció una maestría en colaboración con FLACSO a fines de la década. La Nacional de Medellín, después de consolidar su pregrado, abierto en 1978, inició también una maestría, y probablemente existen hoy otras. Además, la Nacional de Bogotá ha abierto un programa de doctorado. El profesorado de las instituciones, cada vez más, ha hecho una carrera convencional en la Universidad y ha realizado estudios de postgrado. De este modo, la historia es una disciplina con todos los rasgos y características de las disciplinas académicas universitarias, con todas las implicaciones, negativas y positivas, que esto tiene.

Las perplejidades de los noventas

Consolidada la disciplina en términos de su instalación en el mundo universitario –carreras, maestrías, doctorados, congresos, muchas revistas, aunque a veces pocos estudiantes-, después de años de amplia acogida por parte de los lectores, la historia parece, en los noventas, enfrentar una crisis, cuyo diagnóstico aún no se ha hecho. Una mirada a los trabajos históricos más importantes obliga a comprobar varias cosas, todas más o menos preocupantes. Una es que cada vez son más raros los trabajos de envergadura, que traten de dominar un período amplio o se mantengan dentro de las líneas de la “historia total”. Por supuesto, una razón está en la proliferación de publicaciones, que hace cada vez más difícil dominar la amplia literatura.

²⁵ Por ejemplo, en 1996 se reunió en Cartagena una conferencia sobre educación, patrocinada por el Convenio Andrés Bello y Unesco, que hizo una nueva crítica a los textos tradicionales. El secretario de la Academia Colombiana de Historia, volvió a defender tales textos y a criticar las innovaciones materialistas (Roberto Velandia, BHA, 796 (feb-marzo 1997). Si miramos los textos actuales, probablemente mantienen visiones sociales y políticas más radicales que las de los historiadores de la universidad.

Esta abundancia ha sido estimulada por la aparición de nuevas revistas académicas. De la década inicial subsisten el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, que ha logrado sacar unos 20 números en 35 años, y el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, del Banco de la República y fundado en 1958, que aunque no es muy especializado, ha publicado muchos artículos de investigación histórica, sobre todo a partir de 1983, cuando fue reorganizado. A ellos se han sumado algunas revistas de vocación histórica: *Estudios Sociales* creado en 1986 por la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales, *Historia y Espacio*, de la Universidad del Valle, *Historia Crítica*, establecida en 1989 por la Universidad de los Andes, *Historia y Cultura*, en Cartagena en 1993 e *Historia y Sociedad*, (1994), de la Universidad Nacional de Medellín y *Memoria y Sociedad*, (1995) de la Universidad Javeriana, para no hablar de las más recientes y aún no consolidadas. Sin embargo, otras revistas han sido canal de expresión de los historiadores universitarios: *Huellas*, de la Universidad de Norte, donde se ha recogido mucho material sobre la historia regional, *Revista de Extensión Cultural* de la Universidad Nacional, sede de Medellín y *Revista de Ciencias Humanas*, de la misma universidad

Esta abundancia de publicaciones cubre un abanico temático cada vez más amplio, sobre todo en los historiadores más jóvenes. De algún modo, los estudios de historia económica, social y política estaban referidos a objetos históricos relativamente unificados: los recursos productivos, los conflictos entre grupos sociales, el poder. Los modelos teóricos, marxistas o no, ofrecían algunas hipótesis integradoras, que permitían relacionar los distintos niveles del proceso social y establecer lo que podrían llamarse ciertos grados de primacía ontológica o temporal entre ellos: la economía era determinante, o condicionante, o al menos tenía un ritmo de cambio, una duración, que le daba una función explicativa y sugería, como estrategia razonable de investigación y exposición, la búsqueda de interpelaciones entre lo económico, lo social y lo político. La historia cultural y la historia social reciente, orientada en buena parte a la vida cotidiana, al análisis de las costumbres, definen a cada momento sus objetos, y crean, al mismo tiempo que una terminología nueva, núcleos de análisis cuyas relaciones con otros elementos del proceso histórico no pueden definirse fácilmente. El estudio de las "mentalidades" y los "imaginarios" (preferibles a las ideas o representaciones), las maneras de la mesa o el vestido, de los rituales, las imágenes y las formas del discurso, invita en cierto modo a la fragmentación y atomización de los textos históricos y a la substitución de unas estrategias expositivas por otras: la descripción impresionista, más o menos espesa, la frase paradójica, resultan más aptas que la interpretación causal o las narrativas lineales. Es posible, es cierto, inscribir el análisis de estos objetos, que en buena parte son construidos y carecen de un referente externo determinable, en procesos de construcción de identidad, o en estrategias de afirmación de grupos sociales o étnicos, pero esta tentación, que tiene mucho de convencional, cada día parece resultar menos efectiva.

Algunos ejemplos pueden ilustrar esta tendencia: en 1990 el Congreso de Historia tuvo siete ponencias sobre "cultura y mentalidades", y en sus títulos aparecía una vez la palabra "imaginario". En 1997, el X congreso escuchó más de 20 ponencias sobre este tema. En forma similar, crecieron los estudios de historia de la familia, mientras se mantenían constantes los de historia regional y aunque aumentaban levemente los estudios de historia económica, ya muy débiles en 1990, se concentraban en estudios empresariales. Otras áreas en auge son la historia de las ciencias (pasó de 3 a 9 ponencias) y la historia de la educación.

Los trabajos históricos más significativos de los años recientes –y que reflejan a veces las orientaciones en boga hace una década, pues representan usualmente esfuerzos de varios años– ocupan también un amplio abanico temático. Los libros más ambiciosos son probablemente los de Marco Palacios sobre el siglo XX, Eduardo Posada Carbó sobre la historia económica de la costa atlántica y Efraín Sánchez sobre Codazzi y la geografía en la Nueva Granada. Pero igualmente valiosos son estudios como el de Catalina Reyes sobre vida cotidiana en Medellín o el de Beatriz Patio sobre violencia en Antioquia en el siglo XVIII y los libros de Mario Aguilera, Pablo Rodríguez, Margarita Garrido, Alfonso Manera o Mauricio Archila. Estos libros, y muchos otros que podrían citarse con iguales valores, constituyen la maduración de proyectos de largo plazo, muchos de ellos bajo la forma de tesis de doctorado o maestría. Ya no esgrimen las armas de cruzados de una lucha cultural contra una visión tradicional que en gran parte se ha deshecho, ni están al servicio de proyectos de cambio social: ofrecen una visión tranquila de sus objetos de estudio (quizás con excepción del libro, en algunos aspectos brillantemente polémico, de Palacios). Entre ellos hay estudios de historia económica, social, política y cultural, pero aún quienes hablan de costumbres o imaginarios políticos siguen fieles a una historia que se centra en la lucha por el poder o la riqueza. Son una muestra de la vitalidad del trabajo histórico que se hace en el país.

Sin embargo, hay señales contradictorias. La lectura de los artículos y ponencias de los historiadores más jóvenes revela una fascinación a veces poco crítica por nuevas modas, por nuevos lenguajes. La jerga se impone en muchos textos, y con frecuencia el manejo de los conceptos es de una imprecisión abrumadora. Se dice imaginario, para tomar un solo ejemplo, para referirse a idea, a representación, a imagen, a mentalidad, a forma de pensamiento, o a sus formas plurales: las palabras se estiran para abarcar cualquier cosa. Aunque la importación de los modos de argumental de las corrientes postmodernas más radicales es aún limitada, no están del todo ausentes las alusiones al fin de los grandes relatos, a la crisis de la racionalidad, ni las insinuaciones de que el discurso racional convencional esconde visiones etnocentristas, imperialistas o machistas.

Estos temas han recibido un debate incipiente entre los historiadores. Jesús Antonio Bejarano, en una ponencia presentada en Medellín, ofreció una imagen bastante pesimista del trabajo histórico de la última década. Los

rasgos negativos podrían resumirse en la disminución y decadencia de las investigaciones de historia económica y social, en el abandono del vínculo entre historia y ciencias sociales y en una fragmentación temática que conduce a un abandono de los esfuerzos por explicar los procesos históricos y que no ofrece, en campos como historia de las mentalidades y de la cultura, productos serios y rigurosos. No es el momento de discutir esta caracterización en detalle, y probablemente puede matizarse en el sentido, que confirma su línea de argumentación, de que los dos o tres libros de historia de historia cultural o de la vida cotidiana importantes se inscriben todavía en la tradición histórica racionalista y explicativa más convencional, y son además buenos ejemplos de investigación erudita. Y debe subrayarse también que lo que aparece como historia política de épocas recientes, en las ponencias de los congresos o los artículos de las revistas, y que mantiene en general cierta motivación política, falla por la ausencia de un manejo adecuado de la documentación, y se reduce a la paráfrasis polémica de unos pocos textos que revelarían las conductas opresivas o represivas del establecimiento.

Por lo anterior, es preciso concluir en un tono ambiguo. Aunque se siguen escribiendo muy buenos libros de historia, son obra de autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia, y alejando el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país. Donde este interés parece subsistir –la historia política reciente– la calidad de las herramientas de investigación parece muy precaria. Si las señales son contradictorias, por lo menos es posible expresar la esperanza de que, frente a la magnitud de los problemas de la sociedad colombiana, la investigación histórica no abandone sus ambiciones explicativas. Un texto ya viejo puede servir para cerrar esta argumentación:

La historia es una disciplina contingente y suprimible. Las ciencias que nuestra sociedad juzga inevitables y cuya validez no se discute sin poner en cuestión los fundamentos mismos de nuestras formas de vida, son aquellas que pueden fundar una tecnología, que conducen a intervenciones sobre la naturaleza o la sociedad. La historia no pertenece a estas ciencias, y por ello puede verse como algo prescindible, o como un simple adorno de la vida.

Los historiadores creemos, sin embargo, que para la sociedad es importante conocer su pasado, a pesar de que en la realidad casi nadie conoce más que unas cuantas imágenes y unos cuantos datos aislados de él. Podemos atribuir a esta ignorancia de nuestro pasado algunos de los males del presente, pero creo que sería muy

pretencioso atribuirle una importancia muy grande a esta causa. Las fuerzas que mueven un país, que lo sacan adelante o lo precipitan en la violencia son otras.

Pero hay algo de irrenunciable en la pasión de conocer, y de conocer al hombre y sus construcciones sociales. Este afán intelectual que nos lleva a escribir sobre el pasado crea entonces una retórica, un discurso ideológico, que hace parte de la materia de la vida política y social de un país, aunque no defina sus intereses centrales. ¿En qué medida hace parte de la predisposición a actuar violentamente la memoria de la violencia, más o menos en bruto, más o menos inscrita en intentos de explicación contextual? ¿En qué medida la aceptación de los partidos tradicionales se apoya en un discurso polarizado transmitido como saber acerca del pasado? Es posible que estas relaciones existan, y que la disciplina histórica influya en alguna medida en el presente. Ningún discurso actual permite formular esta conexión en forma asertiva. Ha caído la confianza marxista en el papel de la teoría -del materialismo histórico- como herramienta para prever y orientar el desarrollo de la sociedad: se apoyaba, paradójicamente, en un tipo de determinismo económico que pocos comparten actualmente y en perspectivas teleológicas que suponían una racionalidad externa a la historia. Se ha roto al mismo tiempo la confianza elemental de las sociologías positivistas en la posibilidad de actuar sobre la sociedad. Lo que quedaba -la confianza en una racionalidad interna de la historia, la posibilidad de crear un discurso que relacione los hechos del devenir en un proceso inteligible- ha sido puesto en cuestión por los teóricos del postmodernismo que pretenden colocarnos en un ámbito en el que es imposible comparar la democracia y los campos de concentración, la tecnología moderna y la medicina egipcia: no hay una razón válida universalmente; nada permite valorar una cultura fuera de sus propios parámetros.

Este resurgimiento radicalizado del historicismo me parece fenómeno temporal: es la protesta angustiada de quienes en los años sesenta soñaron con un socialismo que no tuviera nada de barbarie, y que, rotos sus sueños, quieren romper con todas las esperanzas. Yo confío en que esta gesticulación indignada contra la tradición de la Ilustración se convertirá pronto en una actuación teatral lateral y que nuestras sociedades continuarán debatiendo

los problemas del desarrollo, de la democracia, de la libertad, de la racionalidad, dentro de un contexto que no puede renunciar a la herencia ilustrada.

Y dentro de esos debates, el discurso histórico, en la medida en que mantenga alguna pretensión de coherencia, de 'historia total' —para usar un término que empieza a parecer una mala palabra— seguirá siendo un polo unificador, un lugar de atracción de las preguntas aún no resueltas. Además, porque el discurso histórico en sentido estricto, en mi opinión, lucha permanentemente contra su conversión en ideología o en mito: impedir que los textos o los hombres o los incidentes o las encrucijadas del pasado se conviertan en ejemplos a seguir o evitar, en tema de identificaciones más o menos conscientes, superar toda tentación a fijar la historia actual en un proceso irremediable y determinado que se origina en el pasado, reconocer la incertidumbre del presente y el futuro, promover, en fin, una conciencia histórica, para la cual el pasado sea ante todo una fuente de experiencia compartida pero no una mano muerta que agarre al presente.²⁶

Bogotá, mayo de 1999

POST SCRÍPTUM: UNA MUESTRA DE LA PRODUCCIÓN HISTÓRICA EN LA ÚLTIMA DÉCADA²⁷

Teniendo en cuenta que el artículo sobre el desarrollo de la historia hace una presentación muy somera de la producción histórica de la última década, que no permite siquiera registrar los principales trabajos publicados recientemente, este anexo hace una especie de inventario selectivo de ellos. Es una lista inevitablemente incompleta y algo arbitraria, que recoge a manera de muestra algunos de los libros más importantes publicados desde 1990 y que infortunadamente debe renunciar, por simples limitaciones de espacio, a la revisión crítica de las posiciones de sus autores²⁸•

²⁶ Jorge Orlando Melo, "Las perplejidades de una disciplina consolidada", en Carlos B. Gutiérrez A. *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*. Bogotá, Uniandes, 1991, págs. 54-55.

²⁷ Este post-scriptum fue hecho después de publicado el artículo "Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial" en la *Revista de Estudios Sociales* no. 4. Apareció en Germán Leal Buitrago y Germán Rey, editores, *Discurso y Razón: una historia de las ciencias sociales en Colombia*, TM Editores, 2000

²⁸ Muchos de los trabajos más interesantes se están publicando en las memorias de congresos y revistas históricas. Algunos serán reseñados en una versión más amplia de este texto que publicará próximamente en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*

Los investigadores extranjeros, como ha ocurrido en forma constante desde la década de 1940, han hecho notables contribuciones al conocimiento del pasado nacional. El decano de ellos, David Bushnell, publicó una síntesis de la historia nacional, equilibrada, lo menos polémica posible: *Colombia, una nación a pesar de sí misma* (Bogotá, Planeta, 1996). El más conocido, Malcolm Deas, completó una cuidadosa y precisa biografía de William Wills, quien vino como representante de los tenedores de deuda inglesa y terminó vinculado a la política, la economía y la sociedad locales (*Vida y opiniones de Mr. Wills*, Bogotá, Banco de la República, 1996). Deas publicó también *Del poder y la gramática* (Bogotá, Tercer Mundo, 1993) un magnífico trabajo, en el que aparecen las mejores virtudes del autor: la agudeza, la capacidad de ver lo inesperado, el ingenio, el amplio conocimiento de las fuentes, el rechazo a las explicaciones simplistas. Por su parte, William Lofstrom publicó *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)* (Bogotá, Banco de la República, 1996) que presenta su agitada vida familiar con base en la correspondencia personal. Jean Rausch continuó desarrollando su ambiciosa historia de los Llanos Orientales, en dos volúmenes que se tradujeron rápidamente, *Una frontera de la sabana tropical: los llanos de Colombia: 1531-1831* (Bogotá, Banco de la República, 1996) y *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia (1830-1930)* (Bogotá, Banco de la República, 1999). La obra de Antony McFarlane, *Colombia antes de la Independencia: economía, sociedad y política bajo el dominio de los Borbones* (Bogotá, Banco de la República, 1997), sin duda, el mejor tratamiento de conjunto de la sociedad neogranadina de la segunda mitad del siglo XVIII. El libro de Hans König se enfrenta al difícil problema de la formación de la nación, *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856* (Bogotá, Banco de República, 1994). Libros ya antiguos y conocidos lograron al fin su traducción, como el amplio estudio de Robert Gilmore de la polémica entre federalismo y centralismo en la primera mitad del siglo XIX *El federalismo en Colombia: 1810-1858* (Bogotá, Externado de Colombia, 1995), publicado casi 50 años después de haber sido escrito. Dos extranjeros residentes en Colombia -quizás ya deberíamos llamarlos colombianos- hicieron importantes contribuciones: de los trabajos de Giorgio Antei se destaca *Guía de forasteros: viajes ilustrados por Colombia, 1817-1857* (Bogotá, Seguros Bolívar, 1995), trabajo en el que, como en sus estudios de Codazzi, logró descubrir una documentación importante olvidada en oscuros archivos y museos de Europa, mientras que Jacques Aprile publicó tres libros sobre historia urbana -de las pequeñas localidades urbanas, para ser más precisos (*La ciudad colombiana: siglo XIX y siglo XX* (Bogotá, Banco Popular, 1992), *La ciudad colombiana prehispánica, de Conquista e indiana* (Bogotá, Banco Popular, 1991) y *La ciudad colombiana* (Cali, Universidad Santiago de Cali, 1997). Una nueva recopilación de ensayos de historiadores estadounidenses complementa la conocida antología de Jesús Antonio Bejarano: Germán Mejía Pavony, *Colombia en el siglo XIX* (Bogotá, Planeta, 1999).

En historia social, fuera de los excelentes trabajos de Mauricio Archila, se publicaron algunos esfuerzos por elaborar la visión ideológica de

grupos subordinados, como los de Mario Aguilera, del que merece destacarse *Insurgencia urbana en Bogotá* (Bogotá, Colcultura, 1997). Francisco Gutiérrez hizo un análisis algo gramsciano de los conflictos neogranadinos en *Curso y discurso del movimiento plebeyo: (1849-1854)* (Bogotá, Iepri, 1985). La historia urbana está en un indudable período de auge: fuera de un proyecto colectivo sobre Medellín (Jorge Orlando Melo (ed.), *Historia de Medellín*, 1995), Julián Vargas publicó un brillante texto, *La sociedad de Santafé colonial* (Bogotá, Cinep, 1990) y Germán Mejía P. *Los años del cambio, historia urbana de Bogotá, 1820-1910* (Bogotá, UPJ, 1999). Por su parte, Catalina Reyes, en *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín: 1890-1930* (Medellín, Tercer Mundo, 1996), presenta una visión compleja y un poco menos positiva que la usual de los problemas de la ciudad a comienzos de siglo. Fernando Botero Herrera, en *Medellín 1890-1950: historia urbana y juegos de intereses* (Medellín, U de A, 1996), subraya ante todo la utilización del proceso de planeación y desarrollo por urbanizadores y empresarios privados. Un libro sólido, excelentemente escrito, es *La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*, de Jorge Enrique Robledo Castillo (Bogotá, UN, 1996).

Otros campos de la historia social se han venido consolidando. La historia familiar estuvo representada por Guiomar Dueñas, *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santa Fe Colonial* (Bogotá, UN, 1997), el libro, menos convincente, de Miguel Ángel Orrego *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930* (Bogotá, Ariel, 1997) y los sólidos estudios de Pablo Rodríguez, del cual mencionamos *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada* (Bogotá, Ariel, 1997). En *Extravíos: el mundo de los criollos ilustrados* (Bogotá, Tercer Mundo, 1996) Aída Martínez muestra, con base en un caso, las tensiones y opciones de una mujer.

En la historia temprana y colonial aparecieron algunos trabajos de primer nivel. Hay que destacar, por su madurez y claridad conceptual, y por un amplio trabajo de archivo, *Frontera Fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XV-T-XVIII* (Bogotá, ICCH, 1996), de María Clemencia Ramírez de Jara, y *Poder local, población y ordenamiento territorial en la Nueva Granada; siglo XVIII* (Bogotá, Archivo General de la Nación, 1998) de Marta Herrera Ángel. Podrían mencionarse con justicia cuatro o cinco trabajos más, muchos de los cuales reflejan la orientación de Hermes Tovar, quien publicó *La estación del miedo o la desolación dispersa: el Caribe colombiano en el siglo XVI* (Bogotá, Ariel, 1997).

En historia cultural lo más sugestivo, pero todavía inicial, se ha hecho en historia del arte. Álvaro Medina realizó una exploración básica de las manifestaciones artísticas del período en *El arte colombiano de los años veinte y treinta* (Bogotá, Colcultura, 1995); también el libro de Santiago Londoño Vélez, *Historia del grabado en Antioquia* (Medellín, U de A, 1996) realiza una exploración competente a un territorio apenas conocido, como lo hace el libro de Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura: (Colombia, 1898-1924)* (Bogotá, Colcultura, 1996).

La historia de la ciencia pareció consolidarse en estos años, pero se advierte cierto freno. Lo más ambicioso fueron los 10 volúmenes de la

Historia Social de la Ciencia (Bogotá, Colciencias, 1993), muy desiguales, como era inevitable. El libro de Renán Silva *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada: contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales* es otra muestra de la seguridad metodológica y de la finura de lector y analista de su autor. Una buena entrada a aspectos sociales del proceso científico es *Sociedades científicas en Colombia: la invención de una tradición, 1859-1936* (Bogotá, Banco de la República, 1992), de Diana Obregón.

Ha habido algo de sexo, que no cito, más mentalidades e imaginarios que antes, más historia de la vida cotidiana y de las formas culturales populares, y algo de historia de la religión, área en la cual hay algunos trabajos ambiciosos y bien hechos, como *La mentalidad religiosa en Antioquia: prácticas y discursos 1828-1885* (Medellín, UN, 1993) de Gloria Mercedes Arango y los libros basados en documentación de la Inquisición de Diana Luz Ceballos *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios* (Bogotá, UN, 1994) y Jaime Humberto Borja Gómez, *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada: indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás* (Bogotá, Ariel, 1998). Afines a estos trabajos, que ven el documento más como un texto que como un testimonio, son los brillantes trabajos de Álvaro Félix Bolaños *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón* (Bogotá, Cerec, 1994) un excelente ejercicio de lectura crítica, y el *Bestiario del Nuevo Reino de Granada: la imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana* de Hernando Cabarcas (Bogotá, Caro y Cuervo, 1994). La historia de la vida cotidiana, en el que puede mencionarse la monografía de Aída Martínez *La prisión del vestido: aspectos sociales del traje en América* (Bogotá, Planeta, 1995) fue objeto de un intento de síntesis, dirigido por Beatriz Castro Carvajal, como lo fue la historia de las mujeres, en la obra en tres volúmenes dirigida por Magdala Velásquez, *Las mujeres en la historia de Colombia* (Bogotá, Norma, 1995).

Ha continuado el auge de la historia regional: en Santander, bajo la orientación de Armando Martínez, Jairo Gutiérrez y Amado Guerrero, se hizo una exploración sistemática de las provincias. Cartagena ha sido también muy estudiada, y en general la Costa Atlántica: el libro de Eduardo Posada Carbó, *El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)* (Bogotá, Banco de la República, 1998) es una obra del más alto nivel. La investigación de Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación, clase y raza en el Caribe colombiano: 1717-1821* (Bogotá, Banco de la República, 1998), hace un análisis simultáneo de los aspectos étnicos y regionales. Resulta imposible citar la multitud de trabajos de Adolfo Meisel, Gustavo Bell, Sergio Paolo Solano sobre otros aspectos de la historia costeña, o de Alonso Valencia o Albeiro Valencia Llano sobre historia del Cauca y de la región cafetera. La historia de varios procesos de colonización de Hermes Tovar, *Que nos tengan en cuenta: colonos, empresarios y aldeas, Colombia 1800-1900* (Bogotá, 1995) es un sofisticado ejercicio de historia social regional. Y dos historias regionales colectivas lograron editarse, *Historia general del Huila*, dirigida por Bernardo Tovar y Carlos Eduardo Amézquita

(Neiva, Academia de Historia, 1995, 5 vols.) y la *Historia del Gran Cauca*, dirigida por Alonso Valencia (Cali, Universidad del Valle, 1996).

La violencia es el tema por excelencia de las ciencias sociales en Colombia. No son muchos los trabajos históricos que ponen el foco en él. Darío Acevedo en *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia 1936-1949* (Bogotá, Áncora, 1995) abre una interesante perspectiva, al analizar los lenguajes y discursos que estimularon la violencia. Las organizaciones violentas y sus ideologías apenas comienzan a estudiarse, aunque se destacan los audaces libros de Darío Betancourt, *Matones y cuadrilleros: origen y evolución de la violencia el Occidente colombiano 1946-1965* (Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1990), *Contrabandistas marimberos y mafiosos: historia social de la mafia colombiana (1965-1992)* (Bogotá, Tercer Mundo, 1994), *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos: las organizaciones mafiosas del Valle del Cauca entre la historia, la memoria y el relato, 1890-1997* (Bogotá, Anthropos, 1998), los de Eduardo Pizarro *Las FARC: (1949-1966), de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha* (Bogotá, IEPRI, Tercer Mundo, 1991) e *Insurgencia sin revolución: la guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada* (Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1996) y el trabajo, muy cercano a una descripción de denuncia, de Carlos Medina Gallego, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia: origen, desarrollo y consolidación. El caso "Puerto Boyacá"* (Bogotá, Documentos periodísticos, 1990). *De las armas a la política* (Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1999) recoge las ponencias presentadas al simposio que se realizó en el Congreso de Historia de Medellín, en 1997 y *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia* (Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1991) de Javier Guerrero, estudia el conflicto político durante los años treinta.

Tampoco son muchas las biografías, aunque hubo al menos tres o cuatro de primera línea, *Juegos de rebeldía: la trayectoria política de Saúl Charris de la Hoz* (Bogotá, UN, 1997) de Medófilo Medina, interesante por narrar la vida de un político secundario, la de Víctor Álvarez *Gonzalo Restrepo Jaramillo: familia, empresa y política en Antioquia* (Medellín, FAES, 1999) y el *Retrato de un patriarca antioqueño: Pedro Antonio Restrepo Escovar, 1815-1899, abogado, político, educador y fundador de Andes* de Jorge Restrepo. La biografía de estos dos últimos personajes (abuelo y nieto) la hizo posible una excepcional documentación familiar, que normalmente las mismas familias destruyen, sobre todo cuando el político o empresario no alcanzó los más altos niveles de la vida nacional.

La historia económica, como lo señaló Jesús Antonio Bejarano, no ha producido obras de tanto impacto como las de José Antonio Ocampo o el mismo Bejarano publicadas en los ochenta. Sin embargo, ha habido trabajos de interés, como el de Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial: industriales, políticos y violencia en los años cuarenta en Colombia* (Santa Fe de Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo, 1992), que presenta una visión crítica del papel de los empresarios, y el libro de Juan José Echavarría, *Crisis e industrialización: las lecciones de los treinta* (Bogotá, Tercer Mundo y Banco de la República, 1999). Se ha escrito bastante en historia bancaria, algo en historia empresarial y ha habido

una interesante reflexión sobre los problemas económicos de la Costa Atlántica hecha por Gustavo Bell, Eduardo Posada y Adolfo Meisel. Y la reflexión sobre la historia, la serpiente que se muerde por la cola, ha producido fuera de artículos y capítulos en libros de alcance más amplio, al menos un libro especializado, editado por Bernardo Tovar, *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (Bogotá, UN, 1994, 2 vols).

Bibliografía

- Aguilera, Mario, *Insurgencia urbana en Bogotá*, Bogotá, Colcultura, 1997.
- Álvarez, Víctor, *Gonzalo Restrepo Jaramillo: familia, empresa y política en Antioquia* Medellín, FAES, 1999.
- Antei, Giorgio, *Guía de forasteros: viajes ilustrados por Colombia, 1817-1857*, Bogotá, Seguros Bolívar, 1995,
- Aprile, Jacques, *La ciudad colombiana: siglo XIX y siglo XX*, Bogotá, Banco Popular, 1992,
- Aprile, Jacques, *La ciudad colombiana prehispánica, de Conquista e indiana*, Bogotá, Banco Popular, 1991.
- Aprile, Jacques, *La ciudad colombiana*, Cali, Universidad Santiago de Cali, 1997.
- Arango, Gloria Mercedes, *La mentalidad religiosa en Antioquia: prácticas y discursos 1828-1885*, Medellín, UN, 1993
- Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá, Cinep, 1991.
- Archila, Mauricio, "Es aún posible la búsqueda de la verdad?" *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No 26, Bogotá, 1999
- Arrubla, Mario, ed., *Colombia Hoy*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1978
- Bejarano, Jesús Antonio, *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*, Bogotá, Cerec, 1995.
- Betancourt, Darío, *Matones y cuadrilleros: origen y evolución de la violencia el Occidente colombiano 1946-1965*, Bogotá, IÉPRI y Tercer Mundo, 1990.
- Betancourt, Darío, *Contrabandistas marimberos y mafiosos: historia social de la mafia colombiana (1965-1992)*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994.
- Betancourt, Darío, *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos: las organizaciones mafiosas del Valle del Cauca entre la historia, la memoria y el relato, 1890-1997*, Bogotá, Anthropos, 1998.
- Bolaños, Alvaro Félix, *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón*, Bogotá, Cerec, 1994
- Borja Gómez, Jaime Humberto, *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada: indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás* Bogotá, Ariel, 1998.
- Botero Herrera, Fernando, *Medellín 1890-1950: historia urbana y juegos de intereses*, Medellín, U de A, 1996.
- Dueñas, Guiomar, *Los hijos del pecado. Ilegalidad y vida familiar en la Santa Fe Colonial*, Bogotá, UN, 1997.
- Bustamante, Darío, "Efectos del papel moneda durante la Regeneración", en *Cuadernos Colombianos* no. 4, Medellín, 1974.
- Cabarcas, Hernando, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada: la imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*, Bogotá, Caro y Cuervo, 1994.
- Castro Carvajal, Beatriz, ed., *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá, Norma, 1996.
- Cataño, Gonzalo, "Un clásico de la historiografía nacional: *Economía y cultura* de Luis Eduardo Nieto Arteta", en *Historia Crítica* no. 15, Bogotá, 1977.

- Ceballos, Diana Luz, *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*, Bogotá, UN, 1994.
- Colmenares, Germán, "La batalla de los manuales en Colombia", en Martín Rickenberg (compil.), *Latinoamérica, enseñanza de la Historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial y Flacso, 1991.
- Colmenares, Germán, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Italgraf, 1968.
- Colmenares, Germán, "Estado del desarrollo e inserción social de la historia en Colombia, Misión de Ciencia y Tecnología", en *La Conformación de la comunicación científica en Colombia*, tomo II, vol. 3, Bogotá, Colciencias, 1990.
- Colmenares, Germán, "Por donde comenzar", en *Gaceta* no. 13, Bogotá, 1977.
- Colmenares, Germán, "Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia", en *Ciencias Sociales en Colombia*, Bogotá, Colciencias, 1991.
- Colmenares, Germán, 1938-1990. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, Cali, Universidad del Valle, División de Humanidades, 1975
- Colmenares, Germán, 1938-1990. *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1987.
- Colmenares, Germán, 1938-1990. "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada: (1848-1854) introducción". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá. Vol. 9, no. 3. 1966.
- Colmenares, Germán, 1938-1990. *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719* / Germán Colmenares. Cali: Universidad del Valle, 1973.
- Colmenares, Germán, 1938-1990. *Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*, Bogotá: Universidad del Valle, Banco de la República, Tercer Mundo Editores, 1998.
- Colmenares, Germán y Jorge Orlando Melo, *Lecturas de historia de Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 3 vols., mimeo, 1966.
- Colmenares, Germán, y Margarita González, *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968.
- Deas, Malcolm, *Del poder y la gramática*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994.
- Deas, Malcolm, *Vida y opiniones de Mr. Wills*, Bogotá, Banco de la República, 1996
- De Roux, Rodolfo Ramón, "Historia cercana", *Nuestra Historia* no. 5, Bogotá, Estudio, 1984.
- Echavarría, Juan José, *Crisis e industrialización: las lecciones de los treinta*, Bogotá, Tercer Mundo y Banco de la República, 1999.
- Friede, Juan, *El indio en lucha por la tierra*, Bogotá, Ediciones Espiral, 1944.
- Friede, Juan, "La investigación histórica en Colombia", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII, no. 2, Bogotá, 1964.
- García, Julio César, *Historia de Colombia*, Medellín, Imprenta de la Universidad, 1936.
- Garrido, Margarita, *Reclamos y representaciones: variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República, 1994.
- Gilmore, Robert, *El federalismo en Colombia: 1810-1858*, Bogotá, Externado de Colombia, 1995
- Granados, Rafael, *Historia de Colombia*, Medellín, Bedout, 1949.
- Guerrero, Javier, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia*, Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1991.

- Guillén Martínez, Fernando, *El poder político en Colombia*, Bogotá: Ed. Punta de Lanza, 1979.
- Gutiérrez, Francisco, *Curso y discurso del movimiento plebeyo: (1849-1854)*, Bogotá, Iepri, 1985.
- Henao, José María, y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, Bogotá, Tipografía Salesiana, 1911.
- Herrera Ángel, Marta, *Poder local, población y ordenamiento territorial en la Nueva Granada; siglo XVIII*, Bogotá, Archivo General de la Nación, 1998.
- Jaramillo Uribe, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Temis, 1964.
- Jaramillo Uribe, Jaime, (ed.), *Manual de Historia de Colombia*, 3 vols., Bogotá, Colcultura, 1978-1980.
- Jaramillo, Darío (ed.), *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1977.
- Justo Ramón, Hermano, *Historia de Colombia*, Bogotá, Librería Stella, 1948.
- Kalmanovitz Krauter, Salomón, *El desarrollo de la agricultura en Colombia*, Bogotá: La Carreta, 1978.
- Kalmanovitz Krauter, Salomón, *Economía y nación: una breve historia de Colombia*, Bogotá: Siglo XXI Editores ; CINEP ; Universidad Nacional, 1984.
- Kalmanovitz, Salomón y Silvia Duzán, *Historia de Colombia*, Bogotá, El Cid, 1986.
- König, Hans, *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*, Bogotá, Banco de República, 1994.
- Liévano Aguirre, Indalecio, *Rafael Núñez*, Bogotá, Cromos, 1943.
- Liévano Aguirre, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, La Nueva Prensa, 1960.
- Londoño Vélez, Santiago. *Historia del grabado en Antioquia* (Medellín, U de A, 1996)
- Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura: (Colombia, 1898-1924)*. Bogotá, Colcultura, 1996.
- Lofstrom, William, *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)*, Bogotá, Banco de la República, 1996.
- McFarlane, *Colombia antes de la Independencia: economía, sociedad y política bajo el dominio de los Borbones*, Bogotá, Banco de la República, 1997.
- Martínez, Aída, *La prisión del vestido: aspectos sociales del traje en América*, Bogotá, Planeta, 1995.
- Martínez, Aída, *Extravíos: el mundo de los criollos ilustrados*, Bogotá, Tercer Mundo, 1996
- Medina, Alvaro, *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, Bogotá, Colcultura, 1995.
- Medina Gallego, Carlos, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia: origen, desarrollo y consolidación. El caso "Puerto Boyacá"*. Bogotá, Documentos periodísticos, 1990.
- Medina, Medófilo, *Juegos de rebeldía: la trayectoria política de Saúl Charris de la Hoz* Bogotá, UN, 1997
- Mejía P., Germán, *Los años del cambio, historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Bogotá, UPJ, 1999.
- Melo, Jorge Orlando, "Los estudios históricos en Colombia, 1969-1979", *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional, Sede de Medellín, nos 9-10, Medellín 1980-1981.
- Melo, Jorge Orlando, *Historiografía colombiana, realidad y perspectivas*, Medellín, Seduca, 1996.

- Melo, Jorge Orlando, "Los estudios históricos en Colombia, situación actual y tendencias predominantes", *Revista UN*, no. 2, Bogotá, 1969.
- Melo, Jorge Orlando, *Historia de Colombia I: el establecimiento de la dominación española*, Medellín, La Carreta, 1977.
- Melo, Jorge Orlando, ed., *Historia de Antioquia*, Medellín, *El Colombiano*, 1987 y Suramericana de Seguros, 1988.
- Melo, Jorge Orlando, ed., *Historia de Medellín*, Medellín, Suramericana de Seguros, 1995, 2 vols.
- Molina, Gerardo, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, Universidad Nacional, 1970-1976.
- Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano 1717-1810*, Bogotá, Banco de la República, 1998.
- Nieto Arteta, Luis Eduardo, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, Librería Siglo XX, 1941 (i.e., 1942).
- Obregón, Diana, *Sociedades científicas en Colombia: la invención de una tradición, 1859-1936*, Bogotá, Banco de la República, 1992.
- Ocampo, José Antonio (ed.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1987.
- Ocampo, José Antonio (ed.), *Colombia y la economía mundial*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1984.
- Orrego, Miguel Ángel, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930* Bogotá, Ariel, 1997
- Ospina Vásquez, Luis, *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, Medellín, Santa Fe, 1955.
- Ots Capdequi, José María, *Nuevos aspectos del siglo XVIII español en América*, Bogotá, Ediciones Centro, 1946.
- Palacios, Jorge, *La trata de negros por Cartagena de Indias*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, 1973.
- Palacios, Marco, *El café en Colombia (1859-1970): una historia económica, social y política*, Bogotá, Presencia, 1979.
- Palacios, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*, Bogotá, Norma, 1997.
- Patiño, Beatriz, *Criminalidad, ley criminal y estructura social en la Provincia de Antioquia, 1750-1820*, Medellín, Idea, 1994.
- Pécaut, Daniel, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1994.
- Peña, Margarita y Carlos Alberto Mora, *Historia de Colombia*, Bogotá, Norma, 1983.
- Pizarro, Eduardo, *Las FARC: (1949-1966), de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá, IEPRI, Tercer Mundo, 1991
- Pizarro, Eduardo, *Insurgencia sin revolución: la guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1996
- Posada Carbó, Eduardo, *El Caribe Colombiano, una historia regional*, Bogotá, Banco de la República, 1998.
- Ramírez de Jara, María Clemencia, *Frontera Fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII*, Bogotá, ICCH, 1996.
- Rausch, Jane, *Una frontera de la sabana tropical: los llanos de Colombia: 1531-1831*, Bogotá, Banco de la República, 1996
- Rausch, Jane, *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*, Bogotá, Banco de la República, 1999.
- Restrepo, Jorge, *Retrato de un patriarca antioqueño: Pedro Antonio Restrepo Escovar, 1815-1899, abogado, político, educador y fundador de Andes*. Medellín, 1980.
- Reyes, Catalina, *Aspectos de la vida cotidiana en Medellín 1890-1930*, Bogotá, Colcultura, 1996.

- Robledo, Jorge, *La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*, Bogotá, UN, 1996).
- Rodríguez, Pablo, *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ariel, 1997.
- Rodríguez, Pablo, *Sedución, amancebamiento y abandono en la Colonia*, Bogotá, Fundación Guberek, 1991.
- Sáenz Rovner, Eduardo, *La ofensiva empresarial: industriales, políticos y violencia en los años cuarenta en Colombia* (Santa Fe de Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo, 1992
- Safford, Frank, *The ideal of the practical: Colombia's struggle to form a technical elite*, Austin ; London: University of Texas Press, 1976.
- Safford, Frank, *Commerce and Abstract commerce and enterprise in Central Colombia: 1821-1870* Tesis, Columbia University. Faculty of Political Science, 1965.
- Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1998.
- Sánchez, Gonzalo, *Los días de la revolución: gaitanismo y 9 de abril en provincia*, Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983.
- Sánchez Gómez, Gonzalo, *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Ancora Editores, 1991.
- Sánchez Gómez, Gonzalo, *1929 los Bolcheviques del Líbano (Tolima): (crisis mundial, transición capitalista y rebelión rural en Colombia)*, Bogotá: El Mohan editores, 1976.
- Sierra, Luis Fernando, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, Universidad Nacional, 1971.
- Silva, Renán, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada: contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales*. Cali, Universidad del Valle, 1990.
- Silva, Renán, 1951, *Prensa y revolución a finales del Siglo XVIII: contribución a un análisis de la formación de la ideología de independencia nacional*, Bogotá : Banco de la República, 1988.
- Tirado Mejía, Alvaro (ed.), *Nueva historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1988.
- Tirado Mejía, Álvaro (ed.), *Introducción a la historia económica*, Bogotá, Universidad Nacional, 1971.
- Tovar, Bernardo, "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, 1982.
- Tovar, Bernardo y Carlos Eduardo Amézquita, eds. *Historia general del Huila*, Neiva, Academia de Historia, 1995, 5 vols.
- Tovar, Hermes, *Que nos tengan en cuenta: colonos, empresarios y aldeas, Colombia 1800-1900* , Bogotá, 1995
- Tovar, Hermes, *La estación del miedo o la desolación dispersa: el Caribe colombiano en el siglo XVI*. Bogotá, Ariel, 1997.
- Tovar, Hermes, "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia" *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 5 (1970).
- Tovar, Hermes, *Hacienda colonial y formación social*, Barcelona: Sendai Ediciones, 1988.
- Valencia, Alonso, ed., *Historia del Gran Cauca*, Cali, Universidad del Valle, 1996.
- Vargas, Julián, *La sociedad de Santafé colonial*, Bogotá, Cinep, 1990.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Jesús M. Álvarez, *Poderes y regiones : problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1987.
- Urrutia, Miguel, *Historia del sindicalismo en Colombia*, Bogotá. Universidad de los Andes, 1969.
- Urrutia, Miguel y Mario Arrubla, eds., *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional, 1970.

Varios, *Historia de Bogotá*, Bogotá, Villegas Editores, 1988
Varios, *Historia de Colombia*, Bogotá, Salvat Editores Colombiana, 1985-1987. 8 vols.
(Gonzalo Hernández de Alba, director)
Varios, *Historia de Colombia*, Bogotá, Oveja Negra, 1985-1987. 5 vols.
Varios, *De las armas a la política* (Bogotá, IEPRI y Tercer Mundo, 1999.
Congreso de Historia, Medellín, 1997
Velásquez, Magdala, ed., *Las mujeres en la historia de Colombia* (Bogotá,
Norma, 1995).